

DE ACTUALIDAD

SANGRE



Dejando aparte a D. Antonio Cánovas del Castillo, que perteneció a la Regencia—y ésta a él—en lo que llevamos del actual reinado han caído en sangre Canalejas primero, Dato después y Fernández Silvestre recientemente. Y escoltados en sus muertes por otros, oscuros los más, casi anónimos, que también cayeron en sangre. A los unos les vió caer el Montjuich, que ya en el Corpus de 1640 viera correr sobre su limbo la sangre del conde de Santa Coloma, y a los otros les ha visto, a través del Estrecho, el Peñón de Gibraltar cuando se buscaba loca y ciegamente por Alhucemas camino al protectorado sobre Tánger.

Todo sangre y sangre las más de las veces inocente, es decir, sangre de rescate. Y como cae en tierra lóbrega por falta de luz y aire de oro—la clandestinidad despótica engendra lobreguez—los ánimos resbalan en la sangraza.

Y ya de antes había otra sangre; la de José Rizal, la de José Martí y además la de Ferrer. Sacrificados, no a otra cosa que a un insensato ensueño de unidad imperial; de simplicidad más bien; de unidad de desierto de arena suelta y estéril. ¡Una espada!, que cantó Hernando de Acuña, el poeta del primer Habsburgo español, Carlos I. Primero en España, pero en Alemania quinto.

Y hay otra sangre que no se derrama, dejando sin vida al cuerpo a que animó, sino que se emponzoña o se enrancia en aquel cuerpo. Ya por ponzoña material, de paludismo o de tifus o de otra peste, ya por ponzoña espiritual, de indignación, de asco, de rencor, de desesperación. Y esta sangre se enfebrecce y enciende la mente, la consume o la enloquece con ensueños inconsistentes. Y hasta llega a haber trágicas meningitis crónicas.

Así como en el corazón, surtidor de la sangre corporal, se suceden a veces la sístole y la diástole, la compresión y la dilatación, así en el ánimo sucedense, a veces también, el desvarío domeñador, los pujos de conquista y los arnedros de abatimiento.

Dice la tradición cristiana que por la mujer entró en el mundo el pecado, esto es, la enfermedad, y fué con la carne de Abel ensangrentada, en el regazo, como Eva, sintiéndose primero madre, lloró a Caín, del mismo modo que con la carne de Jesús ensangrentada en el regazo de María sintióse ésta madre y lloró a la humanidad. Que toda mujer es, ante todo, madre, enfermera. Lo es del padre, del hermano, del marido—sobre

todo del marido, pues "mi hombre es mi enfermo"—, del hijo. Es el destino de la mujer servir de enfermera, de madre de la caridad, ya que no pueda evitar la enfermedad.

¿No puede evitarla? A las veces sí. Puede hacer, no de Dalila, mas sí de enfrenadora de las locuras del hombre. Puede, para no tener que enjugar luego sangre derramada, refrescar sangre enfebrecida, hacer tocar tierra a los ánimos insensatamente masculinos y sobre todo a los perturbados por ese prestigio—o sea engaño—de la virilidad. A la mujer toca hacer que el hombre, que su hombre, discurra con el seso. Y discurrir con el seso es discurrir liberalmente. A la mujer corresponde quitarle el veneno a esa frase de "hace falta un hombre", queriendo decir un varón. Cuando lo que hace falta es un ser humano que discurra con el seso y no con el sexo. La mujer mejor que el hombre sabe cuál es la fecundidad de la sangre. Y sabe curarla. La mujer debe curar la enfermedad de la sangre enfebrecida, en paludismo, en tifus, en indignación, en vergüenza y acaso en rabietas de salirse con la suya.

Debe de ser cosa solemnemente trágica en un alma de mujer, esto es, de madre, de enfermera, sentir en los cimientos de la historia de su maternidad concreta y corporal una visión de sangre, de sangre locamente desparramada, de sangre inocente, regando los senderos del pacífico comercio humano y con esa visión el eco de un estallido crepitante de horror en el espantado torbellino del pueblo. Y con esa visión y ese eco no hay mejor estudio que el de escudriñar las entrañas del pueblo a las cabece-

ras de los lechos de hospital y poner la mano desnuda sobre las frentes enardecidas por la fiebre de los que sorbieron ponzoña o asco y desesperanza en desclados barrancos de lobos. Y aquí esto es tomar el pulso a España, que dicen que no le tiene. Y sin miedo a obcecase en ese estudio. Que el estudio no obceca, no ciega; lo que obceca, lo que ciega es la fiebre que produce la pesadilla de salirse con la suya.

ENVIO

Toda mujer es madre, es enfermera. De todos los hombres, pero sobre todo de los suyos. Y así la Providencia le ha destinado, señora, a enfermera. Tiene que aliviar fiebres, disipar pesadillas, calmar exaltaciones. Cuida a sus enfermos, señora, cuídenos bien.

MIGUEL DE UNAMUNO

